

sica habia de realizar en las obras maestras de los mejores músicos modernos. Guido de Arezzo dió á las seis notas musicales los nombres de las primeras sílabas del himno que canta la Iglesia romana en las vísperas de san Juan Bautista :

*Ut queant lapis resonare fibris  
Mira gestorum famuli tuorum,  
Solve polluti labii reatum,  
Sancte Joannes.*

En una carta donde expone las ventajas de su nuevo método, el humilde religioso se expresa de este modo : « Yo espero » que los que vengan despues de nosotros rogarán á Dios por » el perdon de nuestros pecados ; porque en lugar de diez » años que eran menester antes para lograr á mucha costa » adquirir una ciencia muy imperfecta del canto eclesiástico, » formamos ahora un chantre en un año, á lo mas dos. » Y en efecto, es fácil imaginar cuán difícil debia de ser estudiar el canto antes de la invencion de la gama. El papa llamó á Roma Guido de Arezzo y le participó su viva satisfaccion por tan útil descubrimiento. La primera misa que se cantó en Alemania segun el método de Guido de Arezzo fué ejecutada en Bamberg, cuando se consagró esta catedral por el papa Benedicto VIII. Todo el mundo quedó maravillado de la facilidad con que se podia aprender la música que antes costaba diez años de ímprobo estudio (1).

(1) « La gama inventada por Guido de Arezzo no tenía en un principio sino las seis primeras notas ; mas tarde se añadió la séptima, que completa las entonaciones de la escala musical. En nuestros dias se ha descubiertó una correlacion sorprendente y misteriosa entre las siete entonaciones principales del sonido, los siete principales colores de la luz, y las siete figuras principales de la geometría. Por ejemplo, una barra de hierro, calentada gradualmente, presenta gradualmente los siete colores principales. Si en esta gradacion de incandescencia se da un golpe en la barra, va dando gradualmente las siete notas de la gama musical ; si se coloca á un lado, en una hoja de lata ó cubierta de piano, polvo fino y ligero, las vibraciones graduales de las siete notas principales formarán gradualmente, con el polvo, las siete figuras principales de la geometría, el círculo, la elipse, el cono, etc. Este misterio de la naturaleza parece extenderse muy lejos. » Rohrbacher, *Historia universal de la Iglesia católica*, tom. XIII, p. 440.

§ IV. PONTIFICADO DE SERGIO IV (11 de octubre de 1009-13 de julio de 1012).

21. El pontificado de Sergio IV, elevado á la Sede apostólica el 11 de octubre de 1009, coincidió con un desastre que hirió al corazon de toda la cristiandad. Los Musulmanes derrocaron en Jerusalem la iglesia del Santo Sepulero, que ya habia sido abrasada por los Persas en el siglo VII. Corrió fama que este último acontecimiento fué por culpa de los Judíos de Francia, que habian escrito al califa Hakem que si no arruinaba prontamente este sagrado recinto, objeto de universal peregrinacion de los cristianos, muy pronto le despojarían estos de sus Estados. El portador de esta carta fué prendido en Orleans, donde le reconoció un peregrino que habia ido con él á la Palestina. Confesó su crimen y fué condenado á ser quemado vivo. Fueron arrojados de Orleans todos los Judíos, que eran numerosos y ricos. La noticia de esta traicion se esparció por todo el universo, lo cual hizo que todos los príncipes cristianos les arrojasen de sus dominios. Estalló en todas partes el odio público contra ellos ; se les echó fuera de las ciudades, se les persiguió por los campos como á animales dañinos : fueron muchos ahogados, gran número perecieron al filo de la espada, ó con varios tormentos ; algunos se suicidaron desesperados, y otros se hicieron bautizar para librarse de una muerte casi segura. Los odios nacionales, exaltados por estas venganzas, llegaron á excesos que no pueden menos de condenar nuestras actuales costumbres ; y aun duraron toda la edad media. Se ha tomado ocasion de acusar á la Iglesia cual si ella hubiera excitado la indignacion popular contra los Judíos, y como si toda la sangre vertida en esta ocasion debiera imputársele. La historia, que solo es testigo de la verdad, no puede ser cómplice de semejantes calumnias ; y solo relata los hechos y la tendencia general de toda la cristiandad contra los Judíos, raza deicida y marcada con el sello de la reprobacion. La escision profunda que existia entre los hábitos de los pueblos cristianos y los de esta abominable

nacion, la fama sobrado justificada de que los Judíos se enriquecían con medios usurarios, y de que trataban á todos los reinos del universo como sus padres habian tratado á los Egipcios, despojándoles de sus riquezas, mantuvieron estas preocupaciones que mas de una vez prorumpieron en escenas lamentables. Pero estos hechos se verificaban segun el carácter general de esta época: la Iglesia no tenia ni podia tener parte en ellos, como ninguna institucion ordenada de aquellos tiempos. Cada siglo, cada fase de la civilizacion tiene su parte de buenas y malas acciones que les caracterizan. La Iglesia hacia infiltrar gota á gota en el corazon de las nuevas sociedades principios de mansedumbre y de benevolencia universal. Pero tuvo que luchar mucho tiempo antes de lograr el objeto de su mision. Y si nuestro siglo, que aun está muy lejos de ser perfecto en este género, cree poder gloriarse de haber progresado mas que sus padres, se lo debe á la incesante solicitud de la Iglesia.

22. Poco despues de la ruina del Santo Sepulcro, el papa Sergio IV tuvo el dolor de saber que los piratas dinamarqueses, en Inglaterra, habian tomado por asalto la ciudad de Cantorbery, sin perdonar ni aun mujeres y niños. Ocupaba entonces la silla episcopal san Elfgio. Formado desde su juventud entre las austeridades monásticas, luego abad del monasterio de Bath, que habia fundado, llevó al trono episcopal todo su gusto por la abnegacion y penitencia. En los rigurosos dias de invierno se levantaba á media noche é iba á orar al sereno, desnudo de piés, y su cuerpo solo cubierto de una ligera túnica. Su caridad era tan vigilante y liberal, que con solos sus medios llegó á abolir enteramente la mendicidad en su diócesis. Cuando los Dinamarqueses entraron vencedores en Cantorbery, san Elfgio se escapó de entre sus monjes, que querian contenerlo en su iglesia, y lanzándose en medio de los moribundos y asesinos exclamaba: « Perdonad á estas débiles » é inocentes víctimas, que tan baja y cobardemente inmolais » sin motivo. Volveos contra mí que tantos cautivos he sacado de entre vuestras manos, y que tantas veces os he re-

» prendido. » Estos bárbaros se echaron sobre él, le dieron de puntapiés y de manotadas, le descarnaron el rostro con sus uñas y le apretaron la garganta para que no hablara mas. Le encerraron en un calabozo y le tuvieron siete meses preso. Durante este intervalo una epidemia asolaba su ejército. Los cristianos que podian hablar con los Dinamarqueses les decian que era un castigo de Dios. Los Bárbaros fueron á pedir perdon al arzobispo y le pusieron en libertad. San Elfgio no gozó mucho tiempo de esta. Los Dinamarqueses quisieron obligarle á que les entregase las sumas de dinero de que disponia su caridad á favor de los menesterosos. Se rehusó á ello, y fué encarcelado de nuevo y nuevamente atormentado. Los Dinamarqueses insistieron en pedirle sus tesoros; pero como el santo les pintaba al vivo los juicios terribles de Dios y los espantosos extravíos á que los conducia el culto de los ídolos, se arrojaron sobre él, hiriéndole mortalmente y dejándole entre las ansias de la muerte. En fin uno de los Dinamarqueses, que habia bautizado la víspera, por compasion digna de un tal cristiano, y para impedir padeciera mas tiempo, le cortó la cabeza con un hachazo el 19 de abril de 1012. Los Dinamarqueses, que tan horriblemente ensangrentaban sus represalias en Inglaterra, habian sido provocados por las crueldades cometidas contra ellos por Ethelredo. En el año 1002, este príncipe hizo matar á todos los Dinamarqueses que se hallaban en Inglaterra. En el mismo dia y hora y en todas las provincias, las víctimas, sorprendidas de improviso fueron degolladas por el populacho con sus mujeres é hijos. El horror de esta matanza se agravó en muchos puntos con todos los ultrajes y barbarie que puede inspirar el odio nacional. Estas matanzas en masa dejaron por largo tiempo gérmenes de venganza en el espíritu de ambos pueblos. Los Dinamarqueses hicieron pagar mas tarde á la Inglaterra este fácil triunfo de la perfidia; y en 1017 veremos á Canuto Magno, su rey, imponer su yugo á todos los habitantes de la Gran Bretaña.